

UCD, hoy

A la vista de las dos primeras jornadas de su congreso nacional, puede afirmarse que la Unión de Centro Democrático es un Partido que goza de buena salud. Acaso la euforia de algunas intervenciones se nos antoje algo exagerada. Pero ya se sabe, todo partido en el poder trata de infundir en sus militantes una moral optimista que contrarreste el negativismo que por sistema suele ser arma de todo adversario. Bien es verdad que si se tienen en cuenta las siniestras predicciones que, incluso desde la misma derecha, se habían aventurado respecto al porvenir del señor Suárez y de su formación política, la autosatisfacción de los hombres de la UCD es bastante comprensible. Sin dejar en olvido los graves problemas de esta hora —terrorismo y orden público, desempleo y descapitalización, reformas pendientes, etc., etc.— el balance de la acción gubernamental es muy estimable, sobre todo en lo que se refiere a la adecuación de la evolución política que, desde todos los puntos de vista, es la que ofrecía hace un par de años aspectos más problemáticos y espinosos.

En rigor, alcanzar el término del período constitucional en las condiciones que lo hace el Gobierno del señor Suárez, puede presentarse, pese a todo, como una proeza y autoriza a sus componentes a crear en el porvenir de su grupo político. Ciertamente se ha criticado la vulnerabilidad de la UCD, basándose en la diversidad de sus componentes, pero acaso en esa variedad de corrientes reside, tal vez, su mayor fuerza. En primer lugar, porque la priva del defecto del sectarismo en que pueden caer las militancias y, luego, porque la convierte, en definitiva, en mayormente representativa de una gran parte de la plural y compleja sociedad española en su conjunto. Una amplia capa de nuestra sociedad, como sucede en casi todas las poblaciones activas occidentales, encuentra su sitio en el término medio, en busca de posiciones equidistantes de todo extremismo radical; es a la vez partidaria de la evolución pacífica y de la moderación, de la descentralización y del reconocimiento de las autonomías, aunque sin mengua para la existencia de un poder central cuya solidez asegure un eficaz funcionamiento del aparato del Estado y capaz de garantizar la seguridad y derechos de toda la colectividad española.

Se ha dicho también que la UCD era don Adolfo Suárez y nada más, pero la realidad de este congreso nacional parece desmentir ese absoluto personalismo. El caso del señor Suárez es ciertamente un singular fenómeno, pero en torno a él y dentro de su ancha formación política, emergen figuras posiblemente equiparables, pertenecientes casi todas ellas a las nuevas generaciones españolas. La juvenil edad media de los demócratas centristas es sin duda, de cara al porvenir, otra de las bazas de este Partido político de indudable importancia que hoy se constituye de manera oficial en Madrid.

Normas de convivencia

SIEMPRE hemos defendido, como bien común, el diálogo respetuoso y constructivo entre la autoridad y los ciudadanos. Cuando esa elemental norma de convivencia se rompe, y por desgracia ocurre con cierta frecuencia en la relación vecinos-Ayuntamiento, hay que pensar que el cuerpo social ha perdido el equilibrio y que algo grave está ocurriendo.

En esa línea se inscribe una nota que acaba de hacer pública el Ayuntamiento de Barcelona y que el lector encontrará en otra página de esta misma edición. Se alude en la misma a las graves ofensas, de palabra y agresión, que recientemente hicieron unos manifestantes a los miembros de la Guardia Urbana que custodiaban la Casa de la Ciudad. Los protagonistas de tan censurable comportamiento se mostraron impacientes a la hora de reclamar solución para su problema y como al parecer éste no pudo ser atendido conforme a sus deseos, optaron por mostrar su enfado con los agentes que, como señala la nota, «velaban por mantener un patrimonio comunitario que es la Casa de la Ciudad».

Las recomendaciones que se contienen en esta comunicación pública municipal señalan hasta qué punto es necesario mantener liberado de toda perturbación el diálogo ordenado entre administración y administrados y en qué medida los comportamientos insolidarios son recusables en una comunidad que, por encima de todo, ha de buscar siempre el libre ejercicio de los derechos ciudadanos. Son precisamente esos principios los que, por el bien de todos, debemos procurar que no se alteren. Es un patrimonio común que hemos de defender con actitudes firmes.

De los «papabili» a la ibeeme

...Y el hombre dispone

UNA vez más, y es lógico, la elección de un nuevo Papa ha venido precedida por las cábalas y el chismorreo acerca de los «papabili». Ahora, según parece, en algún lugar de Norteamérica, las hipótesis han sido tramitadas a través de máquinas computadoras. Los recursos de la cibernética pertenecen ya a la infraestructura moral y material de nuestra sociedad, y no ha de sorprendernos que, aunque sólo fuese para pasar el rato, alguien utilizase el procedimiento con la idea de precisar «científicamente» los candidatos con más probabilidades de éxito. Tengo entendido que los resultados de la operación no han coincidido con el escrutinio final del Sacro Colegio Cardenalicio reunido en cónclave. Los votos de los purpurados han contradicho los pronósticos electrónicos, y el pontífice entrante no figuraba en las listas mecánicamente elaboradas por los tecnólogos yanquis. Quizá si la maniobra hubiese sido hecha en la mismísima Roma, los nombres augurados habrían sido diferentes: más cercanos a los que se barajaron en el secreto de la Capilla Sixtina y las dependencias adyacentes. Una «informática» vaticana, que un día u otro comenzará a funcionar, dispondría de datos más abundantes y más concretos...

Un creyente —de los preconciarios, sobre todo— podrá salir al paso con aquello de que «el Espíritu sopla donde quiere». Es una razón, o un argumento, de índole teológica, ante el cual no existe réplica posible. Ciertamente, a lo largo de la historia, la designación de Papas fue con frecuencia un episodio escasamente «extático» y consta la intervención casi continua de factores muy poco edificantes, que van desde las intrigas entre clanes aristocráticos italianos hasta las presiones diplomáticas de los grandes Estados católicos, sin descontar otros trucos nefandos. Pero tampoco esto altera el planteamiento desde el ángulo de la fe: ¿no dicen que «Dios escribe recto con renglones torcidos»? Pues eso. Los enemigos —y tuvieron muchos— de nuestros paisanos Borja hicieron correr la voz de que Alejandro VI accedió al Soglio Pontificio a base de manipulaciones simoníacas, y, con todo, dicho señor no dejó de ser un Papa piadoso, fiel guardador de la ortodoxia y hábil defensor de los intereses políticos de la Santa Sede. No fue un santo, precisamente, como es sabido. Pero tampoco eso tiene demasiada importancia. Y los designios de la Divina Providencia son inescrutables, por definición. Y sus caminos. En este terreno, todo queda finalmente «justificado».

De todos modos, lo curioso de la anécdota consiste en la ambición «profana» de reducir el problema a escala de ibeemes. ¿Por qué no, desde luego? La elección de un Papa de Roma, al fin y al cabo, todavía tiene un peso decisivo en la vida internacional, y, si en las oficinas electrónicas se hacen cálculos sobre

quién será o no será el futuro presidente de los Estados Unidos en la proximidad de los correspondientes comicios, es natural que intenten hacer otro tanto con la decisión de un cónclave. La pregunta se abre enseguida: ¿es lo mismo especular «cibernéticamente» con una «información» que afecta a millones de votantes, anónimos e incualificados, que hacer lo propio con un par de centenares de prelados con más conchas que un galápago, dicho sea con todos los respetos? Se trata de una cuestión «técnica». Mi ignorancia respecto de los intrínsecos de la maquinaria en cuestión es total, y la confieso compungidamente. Me queda, sin embargo, el recelo de que sus aciertos serán tan próximos y solventes cuanto más masiva sea la documentación que le echen. Puede que me equivoque. Puede que, ya hoy o bien pasado mañana, el artefacto sea capaz de avanzar, no sólo el Papa adecuado, sino incluso el ganador de una flor natural en unos Juegos Florales cualesquiera. Mejor dicho: no el «adecuado», sino el que saldrá victorioso por la libre votación por un cónclave de cardenales o de honorables mantenedores.

Un aparato bien programado y bien alimentado de referencias, podría automáticamente dictar la solución: la del mejor Papa, la del mejor poema. La fórmula sería de un racionalismo casi diabólico: no sólo porque descartaría la presunta «iluminación» del Espíritu Santo o la diversidad de gustos estéticos de un consistorio de críticos literarios, sino porque, además, «sustituiría» al hombre, cardenales o jurados. ¿Vamos hacia eso? Teóricamente, la maquinita es infalible, o relativamente infalible. Es, por lo menos, «objetiva» e «insobornable». Puesta en marcha, podría lanzar una respuesta: «Su Eminencia Reverendísima Tal es el Papa más indicado». Y estoy dispuesto a reconocer que si: que nutrida con datos exactos facilitaría la designación justa. Como señalaría el poema más premiable. O, en un concurso de novelas, el relato con mayores previsiones de venta. La Curia romana no aceptará el procedimiento, hoy, por hoy. Ni lo aceptan los promotores de concursos líricos. Estoy seguro de que, en cierto modo, las conclusiones serían, sí, «deshumanizadas», pero más «racionales». Una ibeeme bien provista habría desaconsejado a un Juan Pablo I por razones de salud, en el supuesto de que los demás motivos le hubiesen sido favorables. En el material de la cibernética, para escoger un Papa, por ejemplo, el historial clínico del candidato sería imprescindible. Los cardenales, «providencialistas», al dejarlo todo en las manos de Dios, se encontraron con un difunto incómodo al cabo de un mes. Dirán como Job: «Dios me lo dio y Dios me lo quitó, etc.» Es cosa de ellos.

Como el lector ya intuirá, la intención de

este papel no tiene nada que ver con las resoluciones del cónclave reciente, ni siquiera con la utopía de que una constitución pontificia elimine los cónclaves completos —como una ya prescindida de los cardenales gagás— para suplantarlos por una ibeeme tecnocrática. Y no será porque no piense en ello alguna Congregación. El caso Juan XXIII fue desolador: le creían un anciano benigno e indulgente, y les salió con la flauta del Concilio, que montó un lío enorme. Lo que me interesa es el fenómeno estricto de las computadoras, de la cibernética o de como haya que llamarlo. En definitiva: la «maquina». Hemos inventado la máquina —el primero, el que inventó la rueda o la palanca—, y de ella nos valemos. Son nuestros instrumentos de trabajo corrientes: lo era el arado prehistórico y lo es el tinglado industrial más sofisticado, y entre ambos sólo hay una diferencia de grado, no de calidad. Una determinada «ideología», que no es la de la clase dominante pero tampoco la de la clase dominada «consciente», continúa sembrando la desconfianza en los artífices. «Se nos comen el coco», protestan los chicos, que viven inmersos en máquinas y no sabrían vivir de otro modo. Y las amas de casa, sus mamás. Y sus papás, dedicados a la agricultura, la industria, el comercio o la navegación. Pero ¿cómo vivir ya sin «máquinas»? ¿Cómo vivir sin «máquinas» desde que alguien descubrió las poleas, el injerto de vegetales, la virtud de una tartana o de un tranvía, la del avión, del teléfono, la aspirina?

Y lo que me asusta es que todas las protestas contra la «maquina» emergen de individuos que manejan máquinas o que tienen ascendiente sobre quienes las manejan. La «maquina» no se pone en marcha —ni existiría siquiera— sin un hombre que la manipule. Es un servidor del hombre. ¿A qué viene ese miedo del hombre a su máquina? Será, de nuevo, el miedo del hombre al hombre: del hombre que no dispone de máquinas al hombre que las tiene a su alcance. Porque la divisoria es ésta: hay, de un lado, los que manejan ibeemes, televisiones, radios, periódicos, y del otro, los que, sin ellos, son víctimas de su propia nimiedad. Ya será peligroso que una máquina fabrique Papas. Peor son, mientras tanto, las múltiples máquinas que nos alienan o nos impiden desalienarnos. La máquina, en sí, no es nada. Bueno: es un arma. Detrás de ella siempre hay un hombre. La ciencia-ficción que tiende a inculcar lo contrario —el dominio de la máquina sobre el hombre— es una falacia. La máquina propone, y el hombre dispone... Aunque no sea precisamente eso lo de momento ocurre en la elección de Papas.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

EL CRUCE DE NAPOLES-AUSIAS MARCH

Señor Director: Hace unas semanas tuvieron a bien publicarme una carta en que se hacía referencia a la inexistencia de señalización en el pavimento de un triángulo de «ceda el paso» en el cruce de las calles de Nápoles y Ausias March, para complementar los recientemente colocados en dos postes antes del cruce. Se llamó entonces a la sección de Señalización del Ayuntamiento, que pudo aclararnos que debido al déficit en su presupuesto de pintura, les impedía, de momento, señalarlo.

Afortunadamente dicho presupuesto estará ya regularizado ya que hace unos días pintaron el triángulo de «ceda el paso», sólo que con un pequeño error de apreciación de unos 100 metros: En vez de pintarlo en el cruce citado lo han efectuado en el próximo, es decir, Roger de Flor - Ausias March, que no lo necesitaba por tener ya su derecha los vehículos procedentes de esta última calle.

Este pequeño error mantendrá al sufrido cruce de Nápoles como uno de los más divertidos de la ciudad... si no se participa en el fregado casi constante (todos piensan tener preferencia) como protagonista y se observa solamente en plan de espectador.

Miguel VIDAL

IMPUESTO Y CALIDAD DE TVE

Señor Director: La media de calidad de TVE es baja, con programas aburridos, insulsos y soporíferos, si todos fueran como «Un hombre en casa» o «A fondo», creo sería razonable. Hay exceso de deporte, música de discoteca, cantantes, novelas cursis y siempre de época, pocos documentales de cultura y demasiada publicidad. Por todo ello se tendrá que pagar un impuesto.

Si hay déficit, ¿por qué, por ejemplo, en «Aplausos», salen seis o siete presentadores, cuando con uno bastaría? Así se comprende.

TVE debe racionalizarse, hay demasiados sueldos elevados, anunciar futuros programas a bombo y platillo, que luego son unos rollos, poco deben exprimirse la mollera algunos señores y resulta que siempre son los mismos, de mal en peor.

J. C. P.

JULI GARRETA NO TRABAJA EN BARCELONA

Señor Director: Como sobrino carnal del compositor Juli Garreta, ratifico lo ya expuesto por los señores Alberto Granollers, José Girona y Francisco Civil en lo referente a que nunca trabajó ni fue en Barcelona, y menos en cabarets, por lo tanto, el que escribió esto y que según el señor Ventalló lo ha sacado del libro «Joia y tristor» y dicho por el maestro Pau Casals, creo que el que redactó este libro se lo sacó de la imaginación (debo manifestarle que me marché de S. Felu de Guixols a los 15 años y tengo en la actualidad 69, hagan ustedes la cuenta, y nunca lo vi salir de allí).

El único de los hermanos que estuvo en Barcelona fue su hermano José (mi padre) y tampoco tocó jamás en cabarets, sino en grandes orquestas que en aquel entonces amenizaban las revistas que tanto éxito tuvieron en el Paral·lel.

Julio GARRETA ESCRIBA

PROBLEMAS DE NUESTRO COMERCIO EXTERIOR

Señor Director: Uno de los problemas que se añaden a la lista de preocupaciones de los que se dedican al comercio exterior —importadores o exportadores— lo constituye las fluctuaciones de la peseta respecto a las demás monedas.

Tratándose de materias primas, los precios son generalmente al día, de acuerdo con las diversas Bolsas internacionales. Pero cuando lo que se exporta son productos manufacturados, el exportador no puede variar sus precios cada día ni cada mes. Se necesita tener unas tarifas de precios estables y normalmente avisar con tres meses de antelación a los clientes sobre cualquier cambio en los precios u otras condiciones de suministro.

A su vez, el cliente de productos manufacturados precisa conocer con suficiente antelación las variaciones del precio, para poder salvar su margen bruto de beneficio y, consecuentemente, su beneficio neto en las ventas al fijar sus precios.

Normalmente, la gente —y entre la gente se incluye a los administradores públicos— no se hace cargo de que los márgenes en el comercio internacional son extraordinariamente reducidos y no se parecen en nada a los márgenes ha-

bituales en ciertas situaciones de monopolio, oligopolio o competencia restringida. Ello es debido a que en el comercio internacional la competencia es libre.

Por estas razones, el que trabaja en el comercio exterior necesita que los cambios de las monedas sean lo más estables posible o, por lo menos, si varían, lo hagan de acuerdo con una lógica que permita hacer previsiones con elevado porcentaje de aciertos.

Pero parece que hay elementos no genuinamente económicos que actúan dañando a la exportación y anulando los esfuerzos de nuestros empresarios por consolidar unos mercados exteriores para nuestros productos.

¿En qué medida podemos creer en la eficacia de una política económica si en un corto período de tiempo se devalúa la divisa propia en un X por ciento y después, en pocos meses, esta divisa se revalúa en un X por ciento sobre el valor mínimo que se había fijado y entretanto se ha producido una inflación interior del 30 o 40 por ciento?

Con un aumento progresivo más que alarmante del paro y con una inflación superior a la de la mayor parte de los países industrializados, la peseta sube de valor en la cotización internacional.

Este hecho hace preguntarse: ¿Está flotando realmente la peseta? ¿O quizá tenemos una intervención que está intentando dar una imagen falsa de lo que ocurre aquí? En este segundo caso, estaría primando la política —puede ser que cara a las, más o menos, próximas elecciones— sobre la economía.

Sea como sea, habría que dar al mercado de divisas más libertad o, al menos, más transparencia, para que todos los que trabajan en el comercio exterior puedan hacerlo sin convertirse en jugadores a futuro de moneda extranjera. El exportador necesita disponer de elementos fiables para fijar su política comercial. Ojalá el voluble intervencionismo estatal desapareciera lo más posible de este campo de actividad.

José María TARRAGONA CLARASO

¿TRIPLICANDO IMPUESTOS?

Señor Director: Transcribo dos noticias aparecidas el mismo día en los periódicos. La primera informa: La recaudación de Hacienda durante 1978 se ha triplicado en relación con años anteriores, alcanzando este año la cifra de treinta mil cuatrocientos cuarenta y cinco millones de pesetas (30.445 millones).

La segunda noticia menciona: En 1978 la Seguridad Social perderá cien mil millones de pesetas (100.000 millones).

¿Hace falta humor para poder vivir? O sea: Ahora que la respuesta de la sociedad española dada al requerimiento de Hacienda ha sido positiva, la Seguridad Social triplicará, en concepto de pérdidas, lo que Hacienda ha triplicado en concepto de ingresos.

¿Nos están ya mentalizando acaso para ir triplicando impuestos? Recuerdo a Lope de Vega en su «Arte nuevo de hacer comedias», cuando dice: «Porque como los paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto».

Mientras tanto, «Vaya alegre por la vida, hombre». Lo dice Televisión Española.

Alberto CANO FONT

«MONARQUÍA Y DIOS»

Señor Director: El decano periodista Augusto Assía, que tanto hizo vibrar nuestros corazones durante la última conflagración europea con sus crónicas desde Gran Bretaña y Alemania, escribe una portentosa «Carta al Director» con el título de «Monarquía y Dios», cuyo contenido no desmerece en nada su indiscutible don de adivino de los acontecimientos que le hizo pronosticar la invasión de Rusia por Alemania con un mes de antelación cuando todo el mundo creía que ello sería imposible. Dice así: «La revolución, para hacerla, no basta con votos y no basta por la sencilla razón de que yo no le entregaré mansamente mis vacas a los socialistas, por imponente que fuera la exhibición del número de votos con que compareceran a quitárnaslas. Tendrían que usar la fuerza y en ese punto, señor Director, es donde aparece en toda su magnitud la función de la Monarquía y aquello por lo que los ingleses, los belgas, los holandeses, los daneses, los noruegos y los suecos son en su inmensa mayoría monárquicos y por lo que yo lo soy. Sencillo y yo soy monárquico porque la Corona, con las Fuerzas Armadas, tiene la función no sólo de que los españoles convivamos a través de un determinado convencionalismo político, sino porque está ahí para darle en la cabeza a los que quieren destruir la integridad de la patria».

Y aquí, el que suscribe, se permite añadir: ¿Será ello la explicación del inequívoco fervor con que las masas siguen a sus reyes en cuanto se desplazan a los pueblos y ciudades?...

«VOTANTE SIN PARTIDO»